

ERNESTO PALACIO VISTO POR JULIO IRAZUSTA*

Andrea Greco de Álvarez

Cuatro veces habló don Julio Irazusta específicamente de Ernesto Palacio. En esas cuatro ocasiones su pluma sobria o su expresión vibrante trazaron la escueta pero categórica descripción del entrañable amigo, de su obra, de sus condiciones y capacidades, de sus triunfos y fracasos.

La primera vez, lo hizo por medio de un artículo aparecido en el año 1936 con motivo de la publicación de *Catilina contra la oligarquía*¹. En 1976, publica otro artículo al que Irazusta define como su "testimonio de Ernesto Palacio"². Finalmente, en 1979, el 4 de enero, pronuncia las palabras de despedida de los restos mortales de Ernesto Palacio³; y en noviembre, ofrece una conferencia en una sesión pública de la Fundación Nuestra Historia, en conmemoración del 25° aniversario de la aparición de la *Historia de la Argentina*⁴.

En el primero Irazusta se explaya acerca del *Catilina* y el estado de la historiografía romana en general. En el último hace referencia específicamente a la Historia de la Argentina con algunas alusiones entorno a *Catilina*. En los dos restantes Irazusta hace el cuadro de Palacio con dos pinceladas: la primera, la de sus condiciones y logros

intelectuales; la segunda, la de su amistad. En las dos piezas lo hace en ese preciso orden. Es como si don Julio quisiera dejar en claro su objetividad en la ponderación de los méritos intelectuales de Ernesto Palacio. Valoración ganada en buena ley por éste, y en modo alguno, debida a los fuertes lazos de amistad que a ambos unían. Aspecto este que Irazusta no desecha. También lo considera algo necesario en su evocación. Pero poniendo cada cosa en su sitio de modo que una no empañe a la otra.

Ernesto Palacio, el intelectual

La primera línea con que nos dibuja el boceto de Palacio es la de sus condiciones literarias. Era poeta, prosista, acometió el ensayo, la obra de aliento sobre un tema de cultura universal, la narración histórica argentina, y todo ello lo hizo en forma descollante, asevera en el artículo de *CRISIS*. Lo que repetiría años más tarde cuando en la sesión de *NUUESTRA HISTORIA* comentaba que a su acendrada formación cultural Palacio unía el don del estilo, hablado o escrito. Verso, prosa, epigrama en ambos, ensayo, todo lo hacía con suprema elegancia. “Descolló en todos los géneros literarios”, sentencia en el discurso fúnebre.

Como poeta, considera Irazusta que “alcanzó niveles muy elevados”, tanto en composiciones originales como en traducciones. Y como exponentes de ello, evoca la *Oda* elegíaco-burlesca *al Aue’s Keller*, sitio en el que compartía, con otros poetas, tertulias literarias; la *Balada a Las Tres Gracias*, redondilla en loor de sus tres hijas mujeres; y la *Elegía a la muerte de Pedro Miguel Obligado*, “composición espléndida, que en nada se debía a la íntima amistad (que

entre ambos escritores no había existido), sino a la admiración sincera de uno a otro hermano en las letras"⁵. Cualquiera de ellas son dignas, dice Irazusta, de integrar antologías.

Como ensayista, "figuró desde su juventud entre los más grandes. A los treinta años era ya hombre de pensamiento y sus artículos de *La Nación* llamaban la atención de los mejores"⁶. Recuerda que en 1929, en el suplemento literario dominical, publicó uno de esos trabajos, titulado *La inteligencia como servicio público* que, afirma, impresionó al español Ramiro de Maeztu, recién llegado a la Argentina, como embajador de su país. El hombre del '98 quiso, a partir de la lectura de ese artículo, conocer a Palacio, haciéndose así amigo de éste y de su grupo.

Amistad que influyó tanto en el español como en el grupo de argentinos. En éstos, porque Ramiro de Maeztu ya había comenzado esa "revisión de los conceptos políticos" en que los jóvenes argentinos le siguieron, hasta llegar a la justipreciar todos los conceptos temporales que el régimen imperante en el país aceptaba como dogmas cuando en realidad eran materias opinables, mientras que, por el contrario, en las de los universales rechazaba todo dogmatismo de carácter religioso⁷. En aquél, porque, según el propio Ramiro de Maeztu confesara en carta a Palacio, consideraba que debía algo de la evolución de su pensamiento a su residencia en la Argentina y las relaciones con ese grupo de argentinos. Proceso que culminaría en *Defensa de la hispanidad* (1935). Esta vinculación entre el desarrollo del concepto de Hispanidad en Maeztu y su intercambio de ideas con el grupo de nacionalistas argentinos ha sido también señalada por Vicente Marrero y por Enrique Zuleta Álvarez.⁸

En el artículo que Irazusta dedica a Palacio en la

Revista *CRISIS* afirma que siempre lo creyó el mejor prosista de habla castellana de su tiempo. Al propio tiempo que se lamenta de que tanto la crítica de habla hispánica como los historiadores de la literatura no lo haya sabido apreciar de esta forma. Y expresa: “[...] al punto que la [obra] de Anderson Imbert no lo nombra para nada, a la vez que cita a un sinnúmero de plumíferos insignificantes”.

Seguramente esta valoración que tenía Irazusta por las habilidades literarias de Palacio es lo que lo lleva a confesar en sus *Memorias*: “A nadie me sentí más inclinado a envidiar, en el sentido de admirar en él las dotes intelectuales que, a ser posible, habría ambicionado para mí”⁹.

Admiración que era mutua. Cuenta don Julio que a fines de 1932, *La Nación* publicó tres artículos suyos sobre la economía argentina. Estos tuvieron gran éxito entre el público calificado y hasta fueron para él mismo una revelación. Recibió, entonces, una carta de Ernesto Palacio, desde Buenos Aires, en que le manifestaba el gran interés que estos le habían despertado tanto por su claridad expositiva como de argumentación. Agregaba, también, que a través de la lectura de aquéllos había descubierto que la culpa de su aversión por la economía la tenían “los economistas que escriben mal”. Pero explicaba que como es necesario saber economía había resuelto estudiarla. “Y esto es consecuencia de sus artículos”¹⁰, le confiaba al amigo.

Como periodista desplegó gran actividad, la que es casi desconocida, lamenta Irazusta. “Durante muchos años siguió desde el observatorio de varios periódicos la evolución política, sobre la que arrojó luces deslumbrantes” -dice don Julio en el discurso fúnebre. Y vaticina que: “cuando su obra periodística sea reunida en volúmenes,

asombrará al país, si éste llega a disfrutar de condiciones más favorables al debate libre, de las que ha tenido hasta ahora”.

“Aquel espléndido florecimiento de un gran espíritu se concretó en fruto sazonado en *Catilina contra la oligarquía*, una de las obras cumbres del pensamiento político nacional”¹¹. No se considera Irazusta, a sí mismo, el indicado para regatear elogios a esta obra. Las razones son múltiples: asistió a su gestación, vaticinó su importancia al conocer el plan y los primeros borradores, es de los más viejos y decididos admiradores del autor, a quien, además, se encuentra unido por lazos de amistad fundados en experiencias e ideas comunes. “El libro concluido -afirmame pareció perfecto, de estilo, de composición, de pensamiento, y destinado a tener una repercusión más que nacional, europea, hasta mundial”¹². Años más tarde, en el discurso fúnebre lamenta que este pronóstico no se cumpliera y anota la razón por la cual cree que esa difusión no se logró, al decir: “eso se debió a que los disidentes argentinos no tienen derecho a la nombradía universal”. También en la conferencia ofrecida en *NUESTRA HISTORIA* se refiere a este vaticinio incumplido cuando afirma: “entonces yo no sabía aún lo que ya había dicho Groussac: que el país no puede dar la gloria, y que ser célebre aquí es apenas salir de la oscuridad”.

No obstante, siguió creyendo que esta obra entrañaba un gran valor. Cuarenta y tres años más tarde de aquel artículo de *SUR*, volvía a decir con idéntico aprecio hacia el *Catilina*: “Versión enteramente nueva, respecto de los historiadores latinos más famosos, fruto de la reflexión original sobre los datos aportados por aquellos mismos escritores antiguos”. Y resalta, entonces, que la armonía de la composición, la belleza del estilo, el pensamiento

retomado de la tradición greco-latina-cristiana, “después de siglo y medio de liberalismo ideológico y ateo, eran refrescantes”¹³.

En el artículo de *SUR*, sobre esta obra, se explaya en dar respuesta al interrogante acerca de cómo es posible que la erudición europea haya dejado pasar las centurias sin ver lo que muestra este americano, y por lo mismo “hombre alejado de los únicos sitios donde ciertos problemas culturales pueden aclararse, profundizarse, llevarse más cerca de su solución definitiva”, ironiza. Obra maestra de “crítica de la crítica”, si *Catilina* ha dado una nueva versión a un antiguo problema se debe fundamentalmente al estado de la “historia de la historiografía romana”. Era necesaria, cree Irazusta, una reforma de la concepción del mundo inspirada por los historiadores romanos para llegar a una exacta visión de la Roma antigua.

Por eso cree que no es extraño que los americanos puedan hallarse entre los primeros en hacer una revisión de la historia romana; “pues para ellos -dice- ha llegado como para los demás, la oportunidad que ofrece la restauración de la verdadera filosofía política”. Por todo lo cual considera que Ernesto Palacio estaba en las condiciones requeridas para dar de un tema romano “una versión que, sobre ser original, fuese también verdadera. -Y agrega- Su *Catilina* es un libro sólido además de hermoso”¹⁴.

Pero don Julio, que conocía a Palacio, podía afirmar también que *Catilina* era un “libro con clave”. Era un desquite contra un temprano desengaño político, “de esos que templan a los grandes espíritus para toda la vida. El gran público no se enteró, debido a la perfección de la obra, no sospechada de la menor aleación con la ganga humana”¹⁵. Es que cree que se halla tan bien entretejida la

experiencia personal con la historia de un caso similar en la antigüedad, que fue justamente esta coincidencia la que permitió al autor alcanzar “su mayor acierto”, en el capítulo “*Sobre la ambición política*”. En éste encuentra “el mejor planteo hasta hoy existente de las relaciones entre la política y la moral”¹⁶.

Esta utilización de la analogía por Palacio, que bien resalta Irazusta, como método para la crítica histórico-política, ha sido analizada, en nuestro medio, por Inés Sanjurjo de Driollet. Irazusta, como ya dijimos, alude a este procedimiento utilizado por Palacio definiendo al libro como obra “con Clave”. Sanjurjo, ahondando en este tema, explica que si bien la obra es una biografía novelada y un ensayo de reflexión sobre un personaje y sus circunstancias, de la historia antigua; ofrece al mismo tiempo “otros niveles de lectura”. Algunos de éstos son revelados, dice, por el autor en el Prólogo a la segunda edición y la Introducción. Cuáles son: en primer lugar, el discurso sobre la revolución del '30, en la que Palacio participara pero cuyos resultados lo defraudaron, tema sobre el cual “hay sutiles trasposiciones que proceden por analogía, [...] aunque no esté expresamente tratado en los dieciocho capítulos en los que avanza el drama de Catilina”¹⁷. En segundo lugar, en otro nivel de lectura, señala la autora, *Catilina* es una reflexión de teoría política que contiene una justificación doctrinal de la revolución. Por medio de la analogía Palacio reconstruye este segmento de la historia antigua, reflexionando acerca de la crítica situación sociopolítica del ocaso de la república romana al mismo tiempo que analiza, de modo implícito, la de nuestro país en 1931, momento en que escribe su libro. Encontró en el episodio romano las características sociopolíticas de su propia época y “en el drama de Catilina su propio drama”¹⁸.

Pero volvamos a la descripción de la obra intelectual de Ernesto Palacio hecha por Julio Irazusta. Trazando con maestría el periplo de la vida del amigo recuerda que “de *“La Nueva República”* -a través del enorme desengaño de la revolución de 1930- al Instituto Juan Manuel de Rosas, siguió la línea que lo había de llevar a escribir su **Historia de la Argentina**”. Y agrega don Julio en la sesión de la Fundación *NUESTRA HISTORIA*, que “el liberalismo le perdonaría menos aún que su banca de diputado en el parlamento de Perón”. Luego señala que la forma en que Palacio explica la génesis de su libro en el Prólogo es de una perfecta racionalidad. “Así es como nacen los grandes libros” -dice. Desde su juventud, nos cuenta, Palacio había sido profesor de historia argentina. Fue en el ejercicio de esta labor docente donde experimentó una verdad “hace siglos descubierta por San Francisco de Sales, en su *Introducción a la Vida Devota*: a saber, que la mejor manera de aprender es enseñar”¹⁹.

Relata entonces cómo sobre la base de los hechos estudiados durante años y repasados de continuo al preparar sus clases, su “poderosa inteligencia” reflexionaba sobre ellos. Así fue que examinándolos a la luz de categorías que su cultura humanística le proporcionaba, fue inevitable que su interpretación “difiriese de la recibida entre nosotros, aún por autores de los textos que él utilizaba”. Y en esto radica el mérito que don Julio le adjudica a la obra de Palacio: “su **Historia de la Argentina** no tiene investigación original, pero sí muchas interpretaciones nuevas, que sólo a él se le podían ocurrir”, al mismo tiempo que la considera “la más perfecta narración de la anécdota argentina”²⁰. Supo responder a sus críticos cuando advierte que aunque no sea de un investigador, “es obra similar a la que en los grandes países escriben los literatos famosos,

sin ser especialistas en la materia". Y, más aún, considera que su éxito de librería, al que define como extraordinario, prueba que "la buena literatura supera las barreras de la mala tradición recibida y de los prejuicios triunfantes"²¹.

Con el mismo criterio con el cual considera a **Catilina** un "libro con clave", afirma que la **Historia de la Argentina** "se inserta en esa misma categoría". Sin embargo, existe una diferencia entre uno y otro, en el primero la clave estaba oculta, y el lector debía hallarla por sí mismo, en tanto que en el segundo "la influencia de la pasión personal está confesada, desde el principio", cuando el propio Palacio dice que no puede negar que le animara "cierto espíritu de desquite". Desquite contra los que habían renegado de la tradición hispánica y católica, contra los que emascularon al país y le quitaron toda ambición de grandeza. Sin embargo, dice Palacio que no cree que dicha pasión haya logrado perturbar su juicio. Irazusta asevera que se le puede admitir esto como verdadero. Como prueba de lo cual hace notar que las apreciaciones de Palacio sobre los que procuraron el establecimiento de la Pequeña Argentina, son singularmente equitativas, "no atribuyendo a maldad deliberada lo que sin duda era fruto de los errores de concepto en los profetas nacionales"²².

Ernesto Palacio, el amigo

La segunda línea, con la cual Julio Irazusta nos completa la pintura de Ernesto Palacio, luego de haberlo definido por su labor intelectual, es la de su peculiar forma de ser y brindarse en la amistad. Recuerda que se conocieron en la Facultad de Derecho, en la vieja casa de la calle Moreno. Donde alternaron con muchos de los

“notables jóvenes, de quienes aprendimos tanto como de los mejores maestros”-evoca- [...] Después de mi viaje a Europa, que duró varios años, seguimos unidos, con más intimidad que antes”²³.

“Formó una admirable familia, cuyo hogar estuvo abierto para mí, en los años que no tuvimos domicilio en Buenos Aires, como si fuera mi casa”. Amistad que llegó al seno del hogar y los hijos, así fue Irazusta padrino de la menor de las hijas de Ernesto Palacio. “Una belleza radiante como las otras dos”, dice orgulloso de su ahijada.

Cuenta que nunca olvidará la hospitalidad que le brindó en aquellos años de ruda lucha por una Argentina mejor. Virtud a la que cree haber correspondido con su propia hospitalidad²⁴. En el discurso fúnebre recuerda las veces que Ernesto fue su huésped en Gualeguaychú, en la ciudad y en el campo, donde pasó con los suyos en una ocasión, varios meses de vacaciones, “de la que volvió más conocedor del gaucho argentino de lo que yo lo era hasta entonces”. Y en el artículo de *CRISIS* refiere que estuvo muchas veces en Gualeguaychú, en la ciudad cuando aún eran los Irazusta propietarios de la casa de sus abuelos; en “Las Casuarinas” estancia donde don Julio vivía la mayor parte del tiempo; y en “San Marcelo”, cuando aún era propiedad de su tío Julián Irazusta. Allí fue donde estuvo todo un verano. “Y se adaptó tanto a la vida campesina, que todos los días salía a caballo, recorría todos los puestos de la estancia y siempre después recordaba a todos los peones, puesteros, montaraces, etc., como éstos lo recordaban a él”.

Cargado de sentimiento rememora el “espectáculo regocijante” que era ver el “ímpetu de sus años mozos” y cómo su “permanente ingenio” hacía disculpar sus “ocasionales salidas de tono”. Recuerda que “era capaz de

sacrificar un amigo por un chiste. Pero, que yo sepa, el encanto de su compañía le permitía recuperarlos si su ingenio se los había hecho perder”²⁵.

De las relaciones de Palacio con otros literatos y escritores evoca, con añoranza, esa época de su primera juventud en la que había entre todos los jóvenes escritores una camaradería “hoy desaparecida en la bohemia de Corrientes y Esmeralda, en la polémica que enfrentaba a Florida y Boedo, en las tertulias de la Cosechera con Fernández Moreno o del Aue’s Keller con Pardo, Quiroga y Payró, en Oro del Rín con Charles de Sousens”²⁶. En todos estos sitios Ernesto Palacio brillaba con su “ingenio hablado”.

En las *Memorias*, relata cómo estrecharon relaciones con Leopoldo Lugones, el “insigne poeta y ciudadano, cuyo ingenio enaltecía al más humilde entre quienes teníamos el privilegio de su amistad”. Y cuenta que al comienzo de *La Nueva República* había polemizado con ellos, aunque sin nombrarlos, a causa del concepto de nacionalismo, al que Lugones definía como “un odio”, contrapuesto al patriotismo, al que consideraba “un amor”. Fue Ernesto Palacio quien asumió la tarea de responderle, “y lo hizo con su habitual eficacia dialéctica”. De la misma manera que respondió a la acusación de ser *La Nueva República* una “precipitada imitación de una cosa europea”. Lo hizo con estas palabras que cita Irazusta:

“¿No le parece que convendría mejor a sus tentativas fascistas? Nosotros, por el contrario, tratamos de entroncar en la tradición del país y mantenemos en el terreno de nuestras instituciones, por lo cual siempre hemos rechazado enérgicamente la confusión entre sus

doctrinas y las de *La N. R.*, argumento predilecto de nuestros adversarios. Le agradecemos, pues, que haya hecho Ud. también su parte para evitar que dicha confusión continúe”²⁷.

Advierte Irazusta que con su “habitual generosidad y bonhomía, don Leopoldo hizo caso omiso del tono ligeramente impertinente que Ernesto empleó al responderle, y siguió su amistad con él y con nosotros”.

Tanto en las *Memorias* como en el discurso fúnebre, hace referencia al ensayo de Ernesto Palacio sobre **Lugones vivo** en el cual éste trazó un cuadro inimitable de las relaciones entre el gran poeta, y “el impertinente jovencito” que él era cuando empezó a frecuentarlo. Y recuerda, que después de la polémica citada, Lugones colaboró en algunas publicaciones de *La N.R.*, hasta convertirse en contertulio de todos los días, forjando una amistad personal que no impedían las diferencias que los separaban respecto de la realidad y el pasado nacionales²⁸.

Juntos iniciaron *La Nueva República* e intervinieron en su primera aventura política; al comienzo como desapasionados observadores de la evolución nacional, y enseguida como actores en las luchas del día. “El desengaño sufrido nos templó para toda la vida” -afirma. Más adelante nos brinda un dato más acerca de la personalidad de Ernesto Palacio cuando asegura que: “La falta de notoriedad, la escasa difusión de sus escritos, las dificultades cotidianas que debía enfrentar en medio de tales circunstancias, jamás lo amargaron”²⁹.

Sobre sus últimos años, con gran pesar, recuerda al despedir sus restos, que el accidente que Palacio sufrió en 1955, y que le privara en gran parte de su capacidad de trabajo, significó para el país una pérdida irreparable. En

ese cuarto de siglo habría podido darle al país otras cuantas obras más "tan admirables como las que nos ha dejado"³⁰. Afirma don Julio que para honra del país, la jubilación de diputado le permitió vivir dignamente sus últimos años y comenta que no se trataba de una de esas jubilaciones especiales que se daban a las "larvas" de la política, aún jóvenes, surgidas a jerarquías inmerecidas, sino "la culminación de una vida de trabajo docente, que apenas le alcanzó para mantener su familia con decoro, aunque ayudándose con su incesante trabajo intelectual"³¹.

Aquel 4 de enero de 1979 Don Julio Irazusta comenzó el adiós del amigo y camarada expresando:

"Venimos aquí a despedir los restos mortales de un hombre cuyo talento fue de los más poderosos que ha producido esta raza argentina, de la que Aristóbulo del Valle dijo era "sobria, inteligente y fuerte". Por la entrañable amistad que nos unió, me corresponderían las generales de la ley para no excederme en la alabanza de su personalidad. Pero estoy seguro de no equivocarme al decir que Ernesto Palacio fue el mejor dotado de todos los escritores de nuestra generación"³².

Para terminar tal discurso rindiendo un homenaje no sólo a Ernesto Palacio sino a todos aquellos que con idéntico tesón anhelaron y trabajaron por una Argentina soberana:

"La muerte de Ernesto Palacio se suma a la de tantos otros de los compañeros de la generación que nos acompañaron a bregar por una Argentina digna de sus antecedentes: Ramón Doll, Scalabrini Ortiz, Julio Meinvielle, Luis Dellepiane, Rodolfo

Irazusta, Mario Lassaga, Carmelo Pellegrini, Mario Jurado. Tantos sueños desvanecidos, tantas esperanzas defraudadas no conmovieron a esos justadores. Creo que sus obras y sus acciones se recordarán, si el país ha de sobrevivir a sus tremendas dificultades, cuyo comienzo fuimos los primeros en anticipar, hace ya más de cincuenta años.

Aquel de entre todos que por la magia del estilo tiene más probabilidades de supervivencia, es sin duda para mí, Ernesto Palacio. Ese punto luminosos entre dos eternidades que fue su prosa, brillará para su posterioridad mientras se siga hablando en castellano”³³.

Irazusta y Palacio, frente a frente

“No hay patria sin historia, que es la conciencia del propio ser. No hay nacionalidad sin una idea, siquiera aproximada y confusa, sobre su vocación y su destino” escribió Ernesto Palacio en **La historia falsificada**. Pero para que una nación pueda obrar válidamente -dice- debe hacerlo en el sentido que le determina su propia índole, prescrita en su historia. Por ello es que la interrogación que se hace un pueblo sobre su destino se vincula al interrogante sobre los orígenes. Más aún, afirma, que la respuesta de aquélla será tanto más acertada cuanto más nos preocupemos por responder a éste. De aquí la urgencia que siente Palacio por hacer una revisión de nuestra historia, ya que está convencido de que ésta nos pondría en condiciones de proclamar abiertamente ante el mundo nuestro ser y nuestro ideal. Es que la conciencia del ser nacional supone un “querer ser”, supone un ideal que

inspire la conducta, supone una meta. Esto no lo tenemos, advierte Palacio, por falta de lo único que puede comunicarlo: la historia. No sabemos qué hacer porque no sabemos lo que somos; y no sabemos lo que somos “porque se nos ha confundido deliberadamente sobre nuestros orígenes y no sabemos ahora de donde venimos”. Esta revisión de la historia deberá tener por fin la búsqueda de la verdad histórica, de la verdad acerca del origen y tradición patria. “Los tiempos están maduros -dice Palacio- para la restauración de la verdad que será fecunda en consecuencias, porque entonces la historia volverá a despertar un eco en las almas”. La verdad histórica explicará los nuevos problemas y comunicará al corazón de los argentinos un legítimo orgullo patriótico”³⁴.

Este era su sentido de la historia, de la patria, de su origen y su destino. Veía en la historia patria el abrazo profundo y fecundo entre el pasado y el porvenir, entre el origen y el destino.

Enrique Zuleta Álvarez, analizando la vida de Julio Irazusta, comenta que a partir de 1930 comienza la segunda etapa en la vida de Irazusta. En esa década del ‘30 “tanto los Irazusta como Ernesto Palacio reflexionaron sobre las bases teóricas de sus ideas y de la experiencia realizada”. Fue entonces cuando Palacio escribió su “luminoso y original” **Catilina, contra la oligarquía**, (al cual define como un clásico de nuestra literatura política) y “Julio Irazusta emprendió un estudio analítico y concienzudo de toda la historiografía argentina”³⁵.

Ambos autores veían como se entrecruzaban la historia y la política. De la reflexión sobre este hecho, que palpaban tanto en la vida nacional como en la propia, veían la luz aportes de ambos al esclarecimiento sobre las relaciones entre la historia y la política. Así en la misma línea y complementando esos planteos, Ernesto Palacio escribe

acerca de cómo la política y el presente orientan la búsqueda del historiador, mientras Irazusta habla de cómo la historia sirve a la política y al presente.

En 1935 Irazusta afirma en su *Ensayo sobre Rosas* que es difícil distinguir historia y política, ya que son actividades complementarias.

“La historia propiamente dicha no se concibe sin un criterio político y la buena política no se concibe sin el conocimiento de la historia. Para el político, la historia es el sucedáneo de la experiencia imposible; para el historiador la política es el eje del criterio interpretativo”³⁶.

Oportunamente, en 1939, Ernesto Palacio, en una línea de continuidad de ese mismo pensamiento publicaba la selección de ensayos reunidos con el título **La Historia Falsificada** donde como hemos visto se explora en diversos conceptos acerca de la historia. En uno de esos ensayos titulado **Necesidad de una historia nacional** hace hincapié en la necesidad de una historia “perpetuamente renovada”. Las actuales generaciones se encuentran dotadas de nuevos anhelos, inquietas por problemas ayer insospechados y por lo mismo, dice, necesitan que el historiador las sitúe en el desarrollo de la vida colectiva. “La verdad del siglo pasado no les sirve. Les hace, nos hace falta la verdad de hoy”. Aclara, sí, para que su postura no se confunda con escepticismo histórico, que cree en la verdad, “posible y frecuente”, y en la obligación de perseguirla con absoluto desinterés de cualquier otra finalidad. Pero, explica, que la verdad histórica pertenece a una categoría completamente distinta de las verdades físicas o matemáticas. La historia como ciencia moral y política que es, obliga al historiador a operar sobre hechos humanos y no

sobre hechos materiales, que por ello dependen de la psicología y la ética. Por consiguiente los hechos históricos son susceptibles de un margen de interpretación; ya que actualizan la vida de quienes nos precedieron y nos comunican la conciencia de nuestra solidaridad con ellos; enriqueciendo así nuestra personalidad y aclarándonos la perspectiva de nuestro propio destino.

“Interpretación no quiere decir de ningún modo arbitrariedad sino, al contrario, racionalidad: transcripción de los hechos vivificados, relacionados, jerarquizados por la inteligencia. Y si las interpretaciones varían con las épocas y los autores, ello no implica generalmente un proceso de destrucción paulatina y fatal de viejas verdades, sino la exhibición de aspectos inéditos o mal apreciados y, en definitiva, un aumento de la experiencia común”³⁷.

A su tiempo, Irazusta resalta a la historia como guía de la política y del presente. En su estudio sobre Adolfo Saldías señala que la “gran historia” surge como algo inevitable de un “espíritu trabajado por una gran preocupación o por una gran idea”. Por eso, dice que el historiador es un político y militar o un filósofo antes que un profesional en la materia. Y añade:

“La historia es maestra de la vida sólo para quienes no le piden recetas de fácil aplicación, sino que en su cultivo tratan de acendrar su conocimiento de la eterna operación del espíritu humano en el terreno de la práctica, y en los héroes verdaderos, cuyos aciertos tratan de descubrir y cuyos errores descartan; hallan una inspiración antes que

modelos de acciones, que la historia no puede ofrecer"³⁸.

Dos vidas unidas por la historia, las ideas, experiencias comunes y fundamentalmente por el anhelo de una Argentina Soberana. Nos hemos ocupado aquí del retrato que uno hiciera del otro. Sencilla pero certera descripción de un hombre. Ese hombre era Ernesto Palacio.

Poeta, historiador, político y patriota. Es necesario ser poeta para advertir el deber ser de la Nación. Y supo serlo. Es preciso ser historiador para analizar su devenir. Y también lo fue. Hay que tener el espíritu pronto para vislumbrar a la *Argentina invisible*, la tradicional, la auténtica. Y lo tuvo. Sobre todo, es menester atreverse a tener *ojos mejores para ver la Patria*, como pedía Lugones. Y Ernesto Palacio se atrevió. Pero es necesario, también, estar, como don Julio, a la altura intelectual de este hombre para poder delinear con trazo firme su horizonte espiritual.

Notas

* De gran importancia para la elaboración de presente artículo ha sido la minuciosa y exhaustiva bibliografía de Irazusta que a continuación citamos: BOHDZIEWICZ, Jorge *Bibliografía del Académico de número Dr. Julio Irazusta*, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. LXI, Buenos Aires, 1988.

1 IRAZUSTA, Julio. "El Catilina de Ernesto Palacio y la historiografía romana". *Sur*, nº 20, Bs. As., 1936, ps. 77-83.

2 IRAZUSTA, Julio. "Todo lo hizo en forma descollante". *Crisis*, nº 38, Bs. As., 1976, p. 43, cols. 2-3.

3 IRAZUSTA, Julio. "Ernesto Palacio". *Cabildo*, nº 22, 2a. época, Bs. As., 1979, ps. 11-12.

4 IRAZUSTA, Julio. "La "Historia de la Argentina" de Ernesto Palacio. A los 25 años de su aparición". *Nuestra Historia*, nº 24, Bs. As., Fundación Nuestra Historia, 1979, ps. 328-330.

5 IRAZUSTA, Julio. "Ernesto Palacio". *Op. cit.*, p. 11, col. 3.

6 *Ibid.*, p. 12, col. 1.

7 IRAZUSTA, Julio. "La "Historia de la Argentina..." *Op. cit.*, ps. 328-329.

8 IRAZUSTA, Julio. "Ernesto Palacio". p. 12, col. 1. ZULETA ÁLVAREZ, Enrique. *El nacionalismo Argentino*. Bs. As., Ed. La Bastilla, 1975, p. 217, y Vicente Marrero. *Maeztu*. Madrid, Rialp, 1955, ps. 543-545.

9 IRAZUSTA, Julio. *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*. Bs. As., Ediciones Culturales, 1975, p. 222.

10 *Ibid.*, p. 204.

11 IRAZUSTA, Julio. "Ernesto Palacio", p. 12, col. 1. La primera edición de la obra, aparecida en 1935, se tituló **Catilina contra la oligarquía**. De este modo la nombra Irazusta en los artículos de *Nuestra Historia* y *Cabildo*. En

los de *Crisis y Sur* se refiere a la obra sólo como **Catilina**. La segunda edición publicada en 1946, llevó por título **Catilina, la Revolución contra la Plutocracia de Roma**.

12 IRAZUSTA, Julio. "El *Catilina...*". *Op. cit.*, p. 77.

13 IRAZUSTA, Julio. "La *"Historia de la Argentina..."*" *Op. cit.*, p. 329.

14 IRAZUSTA, Julio. "El *Catilina...*". *Op. cit.*, p. 82.

15 IRAZUSTA, Julio. "La *"Historia de la Argentina..."*" *Op. cit.*, p. 329.

16 IRAZUSTA, Julio. "*Ernesto Palacio*", p. 12, cols. 1-2. También se refiere de este modo al capítulo "**Sobre la ambición política**" en: Irazusta, Julio. "*Todo lo hizo...*", *Op. cit.*, p. 43, col 2; y Julio Irazusta. *Memorias...* *Op. cit.*, p. 202.

17 SANJURJO DE DRIOLLET, Inés Elena. "*Catilina de Ernesto Palacio. La analogía como método para la crítica Histórico-Política*", *II Encuentro de Historia Argentina y Regional, Conflictos y Revoluciones siglos XIX y XX*, Tomo II, Mendoza, U.N.C., F. F. y L., 1996, p. [449].

18 *Ibid.*, ps. 505, 507 y 514.

19 IRAZUSTA, Julio. "La *"Historia de la Argentina..."*" *Op. cit.*, p. 329.

20 IRAZUSTA, Julio. "*Todo lo hizo...*". *Op. cit.*, p. 43, col. 3.

21 IRAZUSTA, Julio. "La *"Historia de la Argentina..."*" *Op. cit.*, p. 330.

22 *Ibid.*, ps. 329-330.

23 IRAZUSTA, Julio. "*Ernesto Palacio*". p. 12, col. 3.

24 IRAZUSTA, Julio. *Memorias...* *Op. cit.*, p. 223.

25 IRAZUSTA, Julio. "*Todo lo hizo...*". *Op. cit.*, p. 43, cols. 2-3.

26 IRAZUSTA, Julio. "*Ernesto Palacio*", p. 12, col. 1.

- 27 IRAZUSTA, Julio. *Memorias...* Op. cit., p. 201.
- 28 *Ibid.*, p. 202.
- 29 IRAZUSTA, Julio. "Ernesto Palacio", p. 12, col. 2.
- 30 *Ibid.*
- 31 IRAZUSTA, Julio. "Todo lo hizo...". Op. cit., p. 43, col. 3.
- 32 IRAZUSTA, Julio. "Ernesto Palacio", p. 11, col. 2.
- 33 *Ibid.*, p. 12, col. 3.
- 34 PALACIO, Ernesto. *La Historia falsificada*. Bs. As. , Peña Lillo, 1960, ps. 14, 21, 26, 25, 22, 45.
- 35 ZULETA ÁLVAREZ, Enrique y otros. *Homenaje a Julio Irazusta. Presencia de Irazusta en la Argentina Contemporánea*. Mendoza, 1984, p. 13.
- 36 Cita de cita: ZULETA ÁLVAREZ, Enrique. *El Nacionalismo Argentino*. Op. cit., p. 349-350.
- 37 PALACIO, Ernesto. Op. cit., ps. 16-17.
- 38 Cita de cita: DÍAZ ARAUJO, Enrique y otros. *Homenaje a Irazusta. Aspectos de la teoría política de Julio Irazusta*. Op. cit., ps. 75-76.